



## Consejo Económico y Social

Distr. general  
28 de noviembre de 2016  
Español  
Original: inglés

---

### Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer

61<sup>er</sup> período de sesiones

13 a 24 de marzo de 2017

Seguimiento de la Cuarta Conferencia Mundial sobre  
la Mujer y del vigésimo tercer período extraordinario  
de sesiones de la Asamblea General, titulado “La  
mujer en el año 2000: igualdad entre los géneros,  
desarrollo y paz para el siglo XXI”

### **Declaración presentada por Comunidad Internacional Bahá’í, organización no gubernamental reconocida como entidad consultiva por el Consejo Económico y Social\***

El Secretario General ha recibido la siguiente declaración, que se distribuye de conformidad con lo dispuesto en los párrafos 36 y 37 de la resolución 1996/31 del Consejo Económico y Social.

---

\* La presente declaración se publica sin revisión editorial.



## **Declaración**

### **Hacia la prosperidad: el papel de las mujeres y los hombres en la construcción de una civilización mundial floreciente**

Los dirigentes mundiales se enfrentan a una carga poco envidiable. Deben asegurar el bienestar de sus propios ciudadanos, anteponiéndolos a ellos mismos y rechazando los modelos anticuados que hacen hincapié en lo propio y promueven los desequilibrios de poder. Deben plantear, y sobre todo comenzar a contestar, las preguntas adecuadas. Por ejemplo: ¿qué elementos de nuestro sistema económico hacen que funcione tan mal? ¿Por qué se excluye a la gran mayoría de las mujeres de la adopción de decisiones significativas si su participación redundaría en beneficio de todos? ¿Cómo podemos detener la ola de creciente desigualdad que amenaza la estabilidad de las naciones? ¿Cómo podemos invertir en el bienestar de las nuevas generaciones y darles todas las oportunidades para recorrer un camino mucho más importante y mucho menos peligroso que el que hemos seguido nosotros?

Las mujeres y los hombres son iguales, y siempre lo han sido. Esta afirmación constituye una verdad espiritual que se ha acallado en el mundo durante casi toda la historia, en parte debido al desequilibrio de los sistemas y las estructuras que durante mucho tiempo han favorecido el progreso y la participación de los hombres en detrimento de las mujeres. Si bien cada vez se reconoce más la igualdad de mujeres y hombres, esta aceptación no conlleva la eliminación automática de los obstáculos que pueden dificultar su expresión en todas las dimensiones de la vida. En esta ocasión, cuando los Estados Miembros se reúnen para celebrar consultas sobre el empoderamiento económico de las mujeres en el cambiante mundo laboral, quisiéramos hacer algunos comentarios sobre la naturaleza de la prosperidad en sí misma, considerándola el objetivo de la actividad económica a la vez que el resultado de un auténtico progreso.

Se han hecho avances considerables en lo que respecta al acceso a la educación y la creación de entornos para que las mujeres puedan prosperar junto con los hombres; sin embargo, aún queda mucho por hacer. La injusticia sistémica y estructural continúa reprimiendo el potencial de las mujeres y abocando a la humanidad a una crisis tras otra. Hasta que se extirpen completamente estas desigualdades del entramado social, la humanidad seguirá sumida en el conflicto, la desesperación, la confusión y el desequilibrio que caracterizan gran parte de la vida moderna. Aunque el camino hacia la prosperidad tiene muchos obstáculos, su construcción también se ha apoyado en la esperanza.

En la civilización mundial a la que aspira la humanidad, las dimensiones materiales y espirituales de la vida están en armonía y los aspectos materiales de la civilización, como el comercio y la gobernanza, están impregnados de principios espirituales, como la equidad y la justicia. Naturalmente, la potencia y el vigor de una civilización dependen de la fortaleza de sus componentes. En este sentido, las cualidades que rigen las relaciones entre las personas, las instituciones y otras entidades que componen la sociedad son determinantes.

Los órdenes económicos y geopolíticos predominantes se caracterizan hasta tal punto por el conflicto y la agresión que muchos han sucumbido a la opinión de que estas cualidades son inherentes a la naturaleza humana. Si bien los seres

humanos son capaces de ejercer la violencia, el egoísmo, la cobardía y la competencia, también han demostrado en repetidas ocasiones que pueden ser amables, anteponer a los demás sobre sí mismos, llevar a cabo actos de valentía con un coste personal enorme y cooperar cuando la competencia es la norma. ¿Cuánto más prevalecerían estas nobles tendencias si los gobiernos destinaran grandes cantidades de recursos a cultivar la naturaleza más elevada de sus ciudadanos, centrando los vigorosos procesos de aprendizaje en la manera de desarrollar las facultades espirituales y morales latentes de sus habitantes y de darles rienda suelta? Es más, si se quiere que todas las personas tengan la oportunidad de disfrutar de vidas significativas, es necesario reconfigurar la dinámica que ha terminado definiendo las relaciones de poder teniendo en cuenta el sentido verdadero de la unicidad de la humanidad. Lógicamente, será difícil conseguir cambios de esta magnitud, y se necesitará la visión, el sacrificio y el compromiso a largo plazo de los dirigentes y los ciudadanos del mundo.

La floreciente civilización mundial se basará en la participación de todas las personas, cuyas aptitudes y talentos deben armonizarse con las necesidades del bien superior. Esto será cada vez más posible a medida que todos los niños tengan acceso a una educación de calidad que los ayude a desarrollar sus capacidades intelectuales y morales. Además, dado que las mujeres son las primeras educadoras de las nuevas generaciones, todas las comunidades deberían prestar una atención especial a sus oportunidades educativas. Los atributos de preocupación por los demás y conciliación que pueden aportar las mujeres a la fuerza de trabajo, y de hecho a todos los ámbitos de la vida, han estado infravalorados durante mucho tiempo, y la humanidad ha sufrido por ello. ¿Podemos prever los frutos que crecerán cuando surjan verdaderas alianzas entre hombres y mujeres en todas las dimensiones de la vida? La humanidad puede compararse con un pájaro de dos alas, los hombres y las mujeres, que ha tenido dificultades para iniciar el vuelo porque el ala femenina ha estado reprimida durante mucho tiempo. ¿Quién puede concebir en su totalidad las grandes alturas que alcanzará la humanidad cuando las dos alas estén fuertes y coordinadas?

El período de la juventud tiene una importancia enorme en la vida de cualquier ser humano. Esta época vital representa un período con posibilidades especiales. Es un momento de preparación y acción, cuando los jóvenes pueden desarrollar una orientación hacia el servicio y un sentido de la responsabilidad social que les acompañarán durante toda la vida. Pero es improbable que estas tendencias se desarrollen en ausencia de un tipo de educación especial. La educación puede marcar la diferencia entre un joven que respeta a sus homólogos femeninos y uno que los maltrata. La educación con respecto a estas actitudes se desarrolla en el hogar, las escuelas, las comunidades y los múltiples entornos sociales en los que transcurre la vida.

La familia es un entorno social fundamental en el que tiene lugar la educación formativa. En este sentido, hay mucho que aprender sobre cómo organizar las sociedades de manera que no se excluya a las mujeres de la participación laboral productiva si deciden dedicar un período de su vida a la crianza de los hijos. Por el contrario, es importante reconocer el importante papel de los padres en la vida de sus familias; su capacidad para establecer un compromiso sustancial en este ámbito merece una consideración especial.

La disciplina que rige nuestras relaciones con el mundo se constituye en gran medida en el seno de la familia. Las tendencias a actuar de manera injusta o justa, violenta o amable, deshonesto o fiable suelen promoverse en el hogar. Después estos hábitos se integran en todos los ámbitos de la interacción social y se convierten en obstáculos o trampolines hacia el progreso, despedazando o cosiendo el propio entramado social. Si se permite que los hermanos dominen a sus hermanas, por ejemplo, se forma un hábito que se trasladará de la sala de estar a las aulas, a los lugares de trabajo y, por último, al escenario internacional. Por el contrario, cuando se incluye a las hijas en los procesos de adopción de decisiones y se anima a los hijos a ocuparse del hogar, se están formando sus caracteres. Los niños aprenden que las facultades intelectuales de los niños y las niñas son vitales, que las cualidades de crianza que se atribuyen a las mujeres son igualmente encomiables en los hombres.

Con respecto a los programas de educación más oficiales, se debe tener en cuenta la importancia de esta etapa de la vida. Los jóvenes están empezando a entender su papel en la sociedad, en todas las dimensiones de la vida, incluida la vida económica de sus comunidades. Para que las nuevas generaciones no actúen simplemente como mano de obra en un sistema enfermo, sino que contribuyan gradualmente a crear un sistema floreciente, se deben cultivar desde el principio las capacidades fundamentales.

En primer lugar, la educación debe ser integral y abordar sus incipientes facultades espirituales, físicas e intelectuales. Un principio clave que debe enseñarse desde una edad temprana es la unicidad de la humanidad. En este contexto, se debe hacer especial hincapié en la igualdad de las mujeres y los hombres. Los jóvenes perciben las contradicciones del mundo. Las palabras y los conceptos por sí solos no pueden borrar los mensajes, a menudo nocivos, que les asaltan desde todos los sectores. La inclusión de componentes prácticos en los que niños y niñas trabajen codo con codo para determinar los problemas de sus entornos sociales y celebren consultas sobre los planes para hacerles frente puede beneficiar a la comunidad en su conjunto. Del mismo modo, las nuevas generaciones podrán establecer patrones de pensamiento y acción nuevos y saludables si, a la hora de realizar los actos de servicio, se les ofrece el acompañamiento de miembros de su comunidad de confianza y más experimentados y la libertad de acción necesaria para determinar las necesidades y diseñar planes cada vez más complejos de manera progresiva. Desde una edad temprana, los jóvenes aprenderán que el verdadero liderazgo se caracteriza por el servicio desinteresado, corresponde a niños y niñas por igual y se logra a través de la consulta, la cooperación y el compromiso con la acción a largo plazo.

Comunidad Internacional Bahá'í espera que los dirigentes mundiales reflexionen seriamente no solo sobre la manera en que las mujeres pueden contribuir de forma más significativa al actual sistema económico, sino también sobre el modo en que se puede ayudar a las nuevas generaciones a construir uno nuevo.